

Romanticismo dominical en re menor

Por un mundo ajado y gris caminaba una joven descalza. En el borde del camino crecían las ortigas. El cielo yacía sobre una gruesa capa de nubes. Los árboles, enfermos, se alzaban desnudos. Los pájaros volaban mudos en el viento, pero se escuchaba tras ellos el lamento de un valle umbrío. Un río famélico descendía entre rocosas montañas que antaño bajaban los animales para beber.

Mientras caminaba, entre la hojarasca y el polvo, brotó el rojo de una amapola. La chica se detuvo a contemplar la humilde y breve firma del universo. Se agachó y sacó una pequeña navaja del bolsillo. Hizo un leve corte en el núcleo de la flor y borboteó un líquido blanquecino. Al contacto con el aire, la savia peregrina se oscureció. La joven ungió el papel de un cigarrillo y fumó tranquila.

Entonces, ardiente, como ángel alcanzado por los fuegos de Orc, se arrancó el corazón y lo lanzó contra las nubes. Una herida de luz se abrió en su pecho y también en el cielo. Las nubes se descorrieron como el pesado telón de un teatro ignívomo. Los árboles se vistieron de nuevo con su atavío de hojas y de ardillas. Los pájaros trinaban, piaban, gorjeaban. El río medró y los animales pudieron saciar su antigua sed.

Sin embargo, en pocos metros de camino, aquella felicidad la abandonó. Las nubes volvieron a techar sus sueños. Su corazón volador estalló en forma de lluvia. Como ardía por dentro, abrió la boca y bebió para apagar la quemazón de su herida. Las hojas se desprendían de los árboles. El río era absorbido por la tierra. Los animales huían a otros bosques. Y el camino, de piedras y ortigas, parecía no conducir a ninguna parte.